

CHINA Y LA INFALIBILIDAD DEL COMUNISMO

EL 5 de abril estallaron unos incidentes abiertos, populares, en la plaza Tienan-men de Pekín. Se habla de un proceso abierto de lucha por el poder y de concepciones ideológicas distintas, de la consecuencia de la campaña contra los "revisionistas de derecha" que comenzó en febrero. Se habla del vacío dejado por Chu En-lai: no sólo de la tentación de grupos y de personas por ocupar ese trascendental puesto —imposible: Chu no era sólo un cargo: era Chu, una institución en sí mismo—, sino la serie de tensiones desencadenadas al faltar un árbitro poderoso. Puede irse más lejos en la busca de antecedentes, al "incidente Lin Piao" y a su supuesto, o atribuido, o real golpe de Estado. Más atrás, a la revolución cultural de 1966. Y aún más atrás, a la "disputa ideológica" con la Unión Soviética, evidente en 1960-1961, pero quizá procedente de 1955 o antes; se remiten incluso a dificultades en vida de Stalin (muerto en 1953). Ya entonces había, dentro de los círculos de poder y aun los círculos exteriores, una oposición a la política de enfrentamiento con la URSS (que quizá, por algunos factores, fuera irremediable); los hay ahora, con mayor fuerza, con mayores posibilidades, de esta tensión de guerra, de este frenesí antisoviético que está llevando a la política exterior china a abrazar algunas de las causas más derechistas del mundo, y la política interior, a una división en por lo menos dos grandes grupos.

EL análisis de lo que está ocurriendo en China en este momento es difícil. Más bien imposible. Los acontecimientos están recubiertos por unas máscaras de palabras, por un lenguaje clásico del marxismo convertido en tópico fácil; por una colección de secretos. El alcance y la intención de los movimientos populares del 5 de abril no puede ser totalmente descubierto ni por quienes lo han estado viviendo —quizá ellos tengan más dificultades de comprensión precisamente por la proximidad—. Se habla de que quizá el país ha estado a punto, o lo está todavía, de un golpe de Estado. Las fuentes oficiales soviéticas hablan de manifestaciones contra el régimen; las fuentes oficiales chinas dicen que son en favor del régimen y en contra de los "enemigos de clase", de los "desviacionistas de derecha" contra los que sólo han sido "compañeros de revolución". El más visible de todos estos enemigos, después de haber sido sólo compañeros del camino revolucionario, es Teng Hsiao-ping: asombra pensar que quien fue designado nada menos que sucesor de Chu En-lai aparezca ahora como un personaje que ha sido siempre dudoso.

Si conseguimos desprendernos de las anécdotas propias de la situación histórica, del vocabulario deformado, de los epítetos desgastados —"enemigo de clase", "desviacionista", "revisionista", etc.— y de las fabulaciones interiores y exteriores en torno a los sucesos, los nombres propios, las confabulaciones y las camarillas, podemos encontrarnos con algo peculiar a todas las naciones o a todos los regímenes, especialmente los cerrados: los diferentes conceptos del camino a seguir, las críticas a la gestión y la labor del poder, las disparidades contra la política exterior e interior, el enfoque distinto de los problemas económicos y sociales.



Trabajadores de la factoría número 1 de Pekín se manifiestan masivamente en apoyo del nuevo primer ministro, Hua Kuo-feng.

ESTA identificación de China con otros regímenes es importante, por una sola razón: la de que el comunismo no conduce inevitablemente a la unanimidad y de la que sus reglas no son "científicas", dando a esta palabra un carácter de infalibilidad. No puede asombrar, ciertamente, a quienes ya se asombraron de la ruptura ideológica entre China y la URSS, que demostraba que podía haber dos —por lo menos— comunismos, y que su disparidad podía resolverse en enemistad. Menos aún para quienes ya habían desentrañado algunos de los problemas de la vida política interior de la Unión Soviética, evidente en 1960-1961, pero quizá procedente telón de lenguaje y secreto. La larga historia de los revisionistas, la larga historia, dramática historia, de los depurados y fusilados, podía traducirse por algo más que una simple cuestión de "locura" de Stalin y por algo más que por los "manejos secretos" del trotskismo, de los agentes del capitalismo o de los enemigos de clase. Se estaba viendo que la unanimidad del comunismo estaba siendo hecha desde una rigidez del poder. Una rigidez sin límites, sin quebrantos, sin debilidades. Más que una cuestión científica, se estaba tratando de una cuestión de poder sin transigencia.

ESE poder sin transigencia ha traído a sus países grandes conquistados. Es indudable que hacer pasar a la Rusia zarista de un inmenso barrizal o de un horizonte de nieve sin límites —presidido por un régimen canallesco y sin disculpas— a una primera potencia industrial y a una nación inexpugnable para sus enemigos —esos sí, verdaderos enemigos—, o convertir la China de la peste, el opio, el hambre, las bandas de asesinos y los señores de la guerra en una nación que come y se instruye y que ocupa un lugar trascendental en el mundo, no es algo como para ser olvidado. Tiene una importancia de primer orden dentro de toda la Historia del mundo. Pero nos quedaremos sin saber, porque nadie sabe lo que habría sucedido de no suceder lo que ha sucedido, hasta dónde habrían llegado estos comunismos triunfantes de haber permitido lo que realmente

hubiese sido el socialismo científico: la aportación de los talentos y trabajos de todos aquellos que, por ser distintos en la elección de vías de lo que pretendían los poderes establecidos, han sido condenados o apartados por revisionistas. Nos quedaremos sin saber dos extremos: si esta sumación de opiniones hubiese producido una debilidad defensiva cuando los comunismos nacientes estaban amenazados desde el exterior y los enemigos de clase tenían todavía fuerza considerable en el interior, de forma que la experiencia hubiese sido asaltada y destruida. O, por el contrario, si estos comunismos hubiesen llegado a una situación ideal, a la consecución de los objetivos originales. Puede ser un enigma. Lo que es tangible es esta contradicción: que, por una parte, las naciones comunistas han llegado a vencer el desafío exterior y cambiar el nivel de vida de sus ciudadanos, que por otra parte no presentan la solución de sociedades justas y no han resuelto el problema de la diferencia de opiniones y del aprovechamiento de las corrientes intelectuales y políticas producidas por su propia ideología. Los intentos realizados en ese sentido en la URSS y en China han sido efímeros y sin continuidad. La "destalinización" no ha sido llevada a todas sus consecuencias posibles (ahora vemos, en España, lo difícil que resulta modificar las instalaciones institucionales y personales de un régimen fuerte y personal), ni el propio Mao prosiguió con su línea de las "cien flores, cien escuelas".

LOS comunismos dominantes no han podido resolver esos problemas que se plantean en sociedades de otros presupuestos y que tampoco se resuelven, pero que producen menos desgastes y menos enfrentamientos cuando se trata de regímenes democráticos o con posibilidad de asumir las aportaciones de otros pensadores distintos de los que inspiran o tienen el poder. La cuestión está en si podrán resolverlo los comunismos aspirantes. Si durante mucho tiempo estos comunismos han estado fascinados por la experiencia soviética y luego por la china, están ahora asimilando las experiencias negativas y tratando de comprender que el camino científico es algo muy distinto de la unanimidad dictada desde arriba, con todas las amenazas —sin excluir la muerte o la prisión— para quienes tuvieran otro pensamiento ante las mismas opciones. Se sabe ya que ante cada opción política, interior o exterior, no hay una sola respuesta como dada por un computador —la busca de la infalibilidad política por el computador capitalista tampoco ha resultado: ahí están los errores de los Estados Unidos—, producida por la aplicación de las reglas marxistas. Se sabe ya que el marxismo es una manera de pensar los problemas, no una fórmula para resolverlos, y que esa manera podría llegar a ser, si se experimentara, una respuesta superior a la manera de pensar de los sistemas llamados capitalistas.

TODO esto que se sabe ha costado saberlo mucha sangre, mucho dolor, muchos caminos perdidos. Muchas situaciones de asombro de las que algunos no han podido salir todavía.

LA situación de China, en este momento, está cargada de todo ello. Como la URSS con Stalin, China ha apoyado toda su sabiduría doctrinal en un hombre, en Mao. No en un socialismo, en sistema, en una manera abierta de pensar o de reaccionar. Mao va a desaparecer, está desapareciendo. Va a dejar atrás todos los problemas típicos de las dictaduras muy caracterizadas cuando muere el dictador, aunque sea tan sabio y tan trascendental como Mao Tse-tung. Está sucediendo ya en su propia vida. Puede que la lección se aprenda, puede que no. Pero hemos de acostumbrarnos ya a ver un largo período de disturbios, de incertidumbres, de inseguridades; a una sustitución de dictadura con la misma apariencia de falta de salida. Y también al asalto de los enemigos tradicionales del exterior. No parece que sea ya evitable en ese país, y quizá sea una mayor prueba de vitalidad que el inmovilismo de la sociedad soviética, cuyos últimos nombramientos son de carácter senatorial y no dan paso a la juventud, a la que se supone con maneras más audaces y más imaginativas de pensar.

CHINA

El número dos y el número tres

TRAS los movimientos políticos de China, un personaje de primera fila aparece ahora como el dueño de los resortes del poder, tras la condena de Teng Hsiao-ping: se trata de Hua Kuo-feng, nombrado primer ministro —por lo tanto, sucesor de Chu En-lai— y ministro de la Gobernación —de la Seguridad Pública—. Teng habría representado a los "moderados"; Hua sería el de los radicales, en la línea misma de Mao o, dicho en el lenguaje revolucionario, en la línea auténtica de la revolución. Los observadores occidentales no creen, de todas maneras, que la personalidad de Hua Kuo-feng responda a esa línea totalmente, sino que se trataría de un político capaz de sostener un compromiso entre los dos bandos principales, los radicales y los moderados, y de sostenerlo con toda la fuerza del poder.

Hua se convierte así en el número dos, mientras sigue siendo el indiscutible número uno Mao Tse-tung. Pero hay un número tres. Es Wang Hung-wen, segundo vicepresidente del partido —el primero es también Hua Kuo-feng— y, naturalmente, miembro del buró político. Es del grupo de los jóvenes que se enfrentan contra la gerontocracia de los supervivientes de la Larga Marcha y se le sitúa en las filas de los radicales: su mantenimiento parece ser una concesión a éstos. En 1966, Wang era obrero textil; en diez años ha ascendido todas las escalas del partido. Se le dice apoyado por la esposa de Mao, Chian Ching.

Hua Kuo-feng, primer ministro, no está tampoco inscrito en la

gerontocracia del partido, pero no puede describirse como miembro de la juventud: tiene cincuenta y cinco años. Se sabía muy poco de él antes de su nombramiento. Los primeros visitantes que ha recibido tras su nombramiento comentan el profundo conocimiento de temas de economía y política internacional que parece tener. Por ejemplo, el nuevo embajador de Venezuela se ha sorprendido de cómo Hua conocía todos los problemas interiores del país de su visitante y las cuestiones relativas al petróleo. Pero esta especie de don de la información parece una de las facultades de todos los grandes dirigentes chinos. Hua ha sido el principal interlocutor de Nixon durante la reciente visita de éste a China. Se le describe como un experto en agricultura, en la que ha trabajado gran parte de su vida, sobre todo en la provincia de Hunan, de la que era vicegobernador durante la época de la revolución cultural: fue criticado por los "guardias rojos", a pesar de que se le consideraba como uno de los representantes de la izquierda del partido. Ya dentro del comité central, estuvo en desacuerdo con Lin Piao y con algunos de los hombres de confianza de éste: quizá ello le haya servido después de la caída de Lin Piao para progresar en su carrera política.

Su papel puede ser determinante a la hora de la muerte de Mao. Si todo siguiese como en este momento, sería su sucesor a la cabeza del partido. ¿Por cuánto tiempo? El plazo que haya de aquí a la muerte de Mao es el que tiene para que su posición pueda hacerse sólida e inexpugnable. ■



El nuevo primer ministro, Hua Kuo-feng (izquierda), ha sido el principal interlocutor de Nixon durante su reciente visita a China. A la derecha, Teng Hsiao-ping, hoy en desgracia.